

con las manos mi retrato por curiosidad, sino en guardar la fe católica con las obras, y acreditar que la conquista no fué principalmente para descubrir riquezas temporales, sino para ganar el reino inmortal de la gloria.

Mirad, Reina soberana, por la conservacion de esta monarquía en la verdadera religion: conceded felicidad á nuestros católicos monarcas, cuyas leyes todas respiran amor y piedad á estos naturales, y especialmente las cédulas reales de nuestro señor y rey Carlos III: os pido favorable y acertado gobierno á nuestro Exmo. señor Vi-rey y sus sucesores, y á este real Senado y cabildos.

Y yo, indigno esclavo vuestro, me hallo en la presente ocasion el más necesitado de los divinos auxilios para el próximo Concilio provincial que deseo empezar y acabar para mayor gloria de Dios, exaltacion de la Santa Iglesia americana, extirpacion de los vicios y salud de todas las almas: socorred á el Vicario de Cristo, y abrigadme bajo de ese vuestro manto celestial, á que todos nos debemos acoger, tomando con la mano derecha el manto y con la izquierda la túnica, que todo lo significa así el ángel para nuestro patrocinio. No soy digno de llamarme vuestro capellan; y propongo con vuestro amparo, dirigir todas mis intenciones á el mayor servicio de Dios y consecucion de su gloria.

SERMON

DE

NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE

PREDICADO EN SU SANTUARIO
EL DIA 13 DE SETIEMBRE DE 1850 EN ACCION DE GRACIAS
POR HABER CESADO LA EPIDEMIA DEL COLERA MORBO

FOR EL

R. P. D. RAFAEL ABOGADO

Del Oratorio de San Eulipo Neri de Mexico

Ego veni ut vitam habeant et abundantius habeant.

Yo he venido para que tengan vida, y vida con más abundancia.

Evang. de San Juan, c. X, v. 10.

Con esta expresion de singular benignidad y clemencia; con esta palabra de inexplicable suavidad y consuelo; con esta voz infinitamente alegre, preciosa y capaz de excitar todo el júbilo, el reconocimiento y la ternura que pueda caber en muchos corazones, nos recibe hoy, hermanos míos, esta adorable y excelsa Reina, esta Madre amable y piadosa, tomándola de los divinos labios de su Hijo Jesus nuestro Redentor, como tantas veces ha tomado aquellas otras que la son semejantes: "En mí está toda la esperanza de la vida; el que me hallare hallará la vida y la salud del Señor." Con esta grata cláusula

responde esta sagrada Virgen, nuestra particularísima Patrona, á la solemne, pública y afectuosa acción de gracias con que desahogamos nuestro amor en este augusto templo, que por excelencia debe llevar el ilustre renombre de casa de la Madre de Dios. Poseídos de una tan dulce como extraña sorpresa á vista de un beneficio incomparable, y no bien libres todavía del espanto y la consternación, una de las mayores que por desgracia ha padecido México, viendo sobre sí en una cruel epidemia la espada terrible del Dios de las venganzas, venimos á este venerable santuario y á rendir ante el trono de gracia y misericordia de esa Emperatriz soberana, nuestros humildes votos y rendidos obsequios, buscando al mismo tiempo en este dichosísimo lugar, el alivio de nuestra aflicción, y la confirmación de nuestras esperanzas: así es que los alegres cánticos de la presente solemnidad, reciben esta suave respuesta de nuestra buena Madre: "Aseguraos, amados hijos míos, confiad y no temáis. Si por un prodigio sin semejante de mi amor, vine desde el cielo á visitaros y habitar aquí en medio de vosotros, no ha sido ni es con otro fin, que con el de que tengais vida, y vida sobreabundante y todo género de vida: vida corporal asegurada entre los más borrascosos peligros que la amenacen: vida de gracia infinitamente más admirable y la única que merece este nombre en vuestras almas: y con esta, la seguridad de una vida llena de bienes y de delicias eternas en la celestial patria de la gloria." *Ego veni, etc.*

De esta manera entiende estas palabras de mi texto San Juan Crisóstomo, y así las vemos á la letra verificadas en la ocasión presente, y en el imponderable beneficio que acabamos de recibir de la divina misericordia, por la mediación de nuestra augusta Reina y benigna Madre, Santa Maria Virgen de Guadalupe. Consideremos atentamente un algo de la grandeza de sus favores, y para más excitar nuestra gratitud y confianza, asentemos esta humilde y sencilla proposición: Que una experien-

cia feliz nos presenta un testimonio visible, de que en el poderoso patrocinio de Maria Santísima de Guadalupe, (de cuyo maternal amor y ternura para con nosotros, es prenda preciosísima esa celestial imagen) tenemos asegurada una triple vida: la corporal, la espiritual y la inmortal. *Ego veni ut vitam habeant, etc.*

No dilatemos las pruebas de una verdad que hace todo nuestro gozo y delicia: mas antes pidamos la gracia al Espíritu Santo, por la intercesión de la misma divina Virgen su Esposa inmaculada, saludándola con el ángel.
—AVE MARIA.

No hay medio tan seguro para conocer claramente el precio de un favor oportuno, y graduar el alto valor de un patrocinio poderoso, como representarse la miseria de un infeliz, que abandonado á la cruel venganza de un mortal enemigo, ó entregado á la severa indignación de un juez inexorable, llora, gime y perece, sin ver, por donde quiera que dirige sus ojos, alguna mano piadosa que se extienda para sacarlo del peligro, ni oír una voz compasiva y elocuente que á fuerza de humildes, pero eficaces súplicas, pueda salvar su vida. ¡Qué destino tan triste! ¡qué situación tan horrorosa! ¡qué estado tan fatal y lamentable! Este era puntualmente, hermanos míos, el de la ciudad de Jerusalem, en aquellas infaustas circunstancias en que nos la pinta Ezequiel, refiriendo, según el estilo de los profetas, como ya acontecidas las terribles calamidades que habia de llover sobre ella el Omnipotente, en el tiempo señalado por sus decretos; el mismo Dios, despues de revelar y descubrir á este ministro suyo la espantosa variedad y muchedumbre de los delitos, prevaricaciones y negras ingraticudes de aquel pueblo indó-

él y perverso, y los formidables y tremendos castigos que para vengarse de él descargaría su brazo justiciero, pronuncia estas palabras que no pueden escucharse sin susto, ni sin penetrarse de terror: "Busqué, dice el Señor, busqué entre ellos un hombre justo y agradable á mis ojos, que con sus fervorosos ruegos me aplacara, y no le pude encontrar: por eso derramé sobre ellos toda mi indignación, y los consumí con el fuego de mi ira." ¡Gran Dios! ¡quién no se estremece, y quién no se desea esconder en lo más profundo del abismo, al oír este trueno de tu furor! Mas por otra parte, ¿qué lengua te podrá dar dignas alabanzas, ni qué entendimiento medir el tamaño de la insigne fineza de habernos sacado de la nada á nosotros en la plenitud de los tiempos, y en unos siglos de gracia y de misericordia? Entónces no hallaba el Ser Eterno en Jerusalem un solo justo, que interponiendo su crédito y valimiento para con él, salvase á aquel pueblo delincuente. Ahora el mismo Señor, por una caridad la más sublime y que lo recomienda de Padre amorosísimo, nos ha dado á su amable Unigénito, á quien llama su justo por excelencia, y cuya diestra poderosa debía sacar libre al pueblo escogido de los más grandes riesgos y tribulaciones. *Suscipiet te dextera justí mei.* Mas ¡ay! que este Justo Sacerdote y Pontífice eterno, que dolándose de nuestras miserias hace continuamente ante su divino Padre el oficio de nuestro abogado, es al mismo tiempo severísimo juez; y si tiene en su diestra el cetro pacífico y amable con que gobierna las naciones cristianas, también tiene rayos para reducir en un momento á polvo y ceniza las ciudades prevaricadoras é ingratas! ¿Qué sería, pues, de nosotros, pobres y desgraciados pecadores, si la bondad del mismo Dios, escogiendo para sí una Madre capaz de hallar gracia en sus ojos, digna de ser la depositaria de sus tesoros infinitos, y la dispensadora de sus bienes y de sus gracias, no nos hubiera dado en ella, como se explica San Bernardo, la medianera que necesitábamos para con el soberano Medianero? ¿Qué

sería de nosotros si en el tribunal del Señor se hubieran oído solamente las voces de nuestros delitos, y no las hubiera hecho callar la dulce y poderosa voz de la Esposa, tres veces Santa, la cual es del todo imposible que sea desatendida ó desairada? ¿Qué sería de nosotros, si en estos últimos días de luto y de pavor, de angustia y de agonia, no hubiéramos enviado nuestros clamores y dirigido nuestras miradas á estos montes afortunados, á estos dichosísimos cerros, de donde esperamos siempre el socorro? *Lavi oculos meos in montes unde veniet auxilium mihi;* ¿y cómo no, cuando este lugar nos acuerda que la Purísima Madre de Dios quiso también mostrarse nuestra Madre dulcísima, pero de un modo tan singular y maravilloso, que según el famoso epígrafe que resonó en el Vaticano, no ha tenido ejemplar ni semejante? *Non fecit taliter omni nationi.* Descendió del cielo, santificó esta tierra con sus plantas, se nos presentó varias veces, nos habló por medio del felicísimo Juan Diego, y llena de dulzura nos aseguró ser su voluntad establecer aquí su morada y quedarse para siempre con nosotros, para ser nuestra Madre, nuestro consuelo y todo nuestro amparo. Ilustre testimonio de este insigne favor dieron esos cerros, que al tocarlos Maria convirtieron sus cambrones y espigas en bellísimas rosas, para celebrar y dar la bienvenida á su Reina. ¿Pero qué buscamos pruebas de este admirable acontecimiento, teniendo presentes tantos y tan estupendos portentos que han obrado esas manos caritativas, cuyo número solamente podrá computarlo quien sea capaz de calcular, no los años, meses, días y horas, sino los momentos de todo el tiempo que ha corrido desde que Dios nos enriqueció con este don preciosísimo, hasta el instante en que todavía tenemos la gloria de ver y saludar á esta Señora? La constante persuacion en que está la América del decidido empeño que tiene en favorecernos esta clemente Madre, no puede ser más justa, porque es hija de una experiencia no interrumpida, y por eso no hay que extrañar acudamos siempre á ella, para conse-

guir los bienes que nos faltan, ó para alejar los males que nos afligen. Los hechos históricos presentan en toda su luz esta importante verdad. ¿Las cataratas del cielo se abren, y siendo inútil toda diligencia, un nuevo diluvio nos amenaza con entera ruina de la capital, cual comenzó á experimentarse en 1629? No hay que temer, á México es conducida la Santa Madre de Guadalupe entre místicas, himnos y aclamaciones de un pueblo inmenso; y así como cuando aparece el iris hermosísimo en el cielo, la naturaleza recuerda y respeta el mandamiento de su Criador, así presentándose Maria, como arca de la nueva alianza, cesa el peligro, las aguas reconocen el limite que se les marca, y no se atreven á traspasarlo. *Terminum posuisti quem non transgredientur.* Por el contrario, ¿las puertas del cielo se cierran: la lluvia no se conoce, se esteriliza la tierra y la hambre asoma su flaco y triste semblante? No importa, nuestros gemidos llegan á Guadalupe, y Maria enternecida, como Emperatriz del cielo, manda y obtiene con más facilidad que Elías, que desciendan las aguas y rieguen nuestros campos. La peste se deja ver en 1554, 1576, y con increíble crueldad en 1736, arrebatándose las victimas á millones. Se ocurre á Maria, se le promete, y se verifica jurarla por principalísima patrona de todo el reino, y como repentinamente cesa aquel riguroso azote, y sucede el consuelo, la alegría y la sanidad; y en conclusion, aun en la terrible epidemia del año de 1833, y el presente de 1850, que todavía hace asomar las lágrimas á nuestros ojos, porque ha llevado por todas partes el espanto, el dolor, la desolacion y la muerte, podemos asegurar, sin riesgo de engañarnos, que debe México al patrocinio de Maria, maravillosamente aparecida para su remedio, ser la más dichosa ó menos infeliz que otras ciudades particularmente de la Europa, á quienes sin duda alguna ha causado más fatales estragos.

Pero ya es tiempo de cortar el hilo á la narracion del diligente cuidado con que Maria Santísima nos ha procu-

rado para la conservacion de la vida corporal, para considerar, aunque brevemente, el amoroso desvelo con que nos ha proporcionado la vida en la gracia, por medio del conocimiento del verdadero Dios. *Ego veni, etc.* Sí: publiquemos con gozo que la mano purísima de la divina Sembradora, Maria de Guadalupe, arrancando las aspéras malezas de la supersticion diabólica, sembró la preciosa semilla del Evangelio. Planta Maria la religion del adorable crucificado, crece y se extiende universalmente en este suelo; en solos diez años, dicen Gomara y Torquemada, dieron su nombre en las aguas del bautismo más de doce millones de mexicanos, y de tal modo florece despues la fe y fructifica tan felizmente, que ni las espinas de la impiedad ni las zizañas del más desenfadado libertinaje han podido marchitar sus flores ó sofocar sus frutos. ¡Oh! con qué indecible dulcísima ternura podemos asegurar sin temor que el amante esposo, allá en los cantares, pronosticaba la dicha de la América, cuando hablaba de su bella esposa con aquellas palabras que son una puntual descripcion del portentoso Guadalupano: aparecieron las flores en nuestra tierra y llegó ya el tiempo de que se poden y corten las ramas viciosas del error: *Flores apparuerunt in terra nostra, tempus putationis advenit.* Oyóse la voz amable de la más casta tórtola, y á sus ecos suavísimos las higueras antes silvestres y fatuas de los judíos, y las viñas incultas que no daban sino agraz ácido é ingrato de crueldad inhumana, se han cubierto de dulces higos y de uvas agradables de religion y de fe. *Vox turturis audita est in terra nostra; sicut protulit grossos suos vinea florentes dederunt odorem suum.* ¡Qué gloria tan singular para la América! ¡qué felicidad inexplicable para este Nuevo Mundo, ser el país afortunado y lugar venturoso que escogió la Madre de Dios para su dote y muy amada heredad! Por su milagrosa aparicion en 1531 hizo suya y muy suya esta nacion americana. Por una de aquellas vicisitudes y trastornos de los imperios, que están fuera del cálculo del hombre, pasó á un monarca

extranjero el opulento imperio mexicano; y la providencia del Altísimo, que en todo y siempre busca nuestro verdadero bien, aprovechándose (si me es lícita esta expresión) de este ruidoso acontecimiento, hizo pasar á los habitantes de este suelo, por la aparición de María, de las tinieblas horrorosas del gentilismo á la luz apacible del Evangelio. Sólo diez años habian corrido despues de la conquista, y por lo mismo, estando todavia turbia nuestra atmósfera con el negro y pestilente humo de la recién apagada idolatría, no fué ciertamente por nuestro mérito, sino por una beneficencia de María, elegir y santificar este lugar, para que en él se radicara la fe, se reformaran las costumbres y floreciera la religion. ¿Y cuáles fueron los medios de que se sirvió María Señora para llevar al cabo empresa tan grandiosa? ¡Oh Madre amabilísima, y cuanto gusto siento al proferirlo! únicamente la dulzura con que hablaste á la América, representada en el humilde Juan Diego: el dulce atractivo de tu celestial Imágen, que nos has dejado como prenda de tu amor y cariño: se te ama desde el momento en que se te conoce, y la dulzura inefable que comunicas á cuantos te buscan, harán venir ante tu sacra imágen tropas de idólatras extravagantes y feroces, y pecadores endurecidos y obstinados; mas tu dulzura te colmó de triunfos, porque los ablandaste, ciñó tus sienes de laureles, porque los convertiste, y te dió un absoluto dominio sobre sus corazones, porque los ganaste enteramente para Jesucristo. Estos mismos prodigios de bondad y dulce clemencia se advierten con asombro hasta en nuestros dias. De entre la confusa muchedumbre de estas vastas regiones salen innumerables almas: unas, que siendo criminales buscan y logran su reconciliacion por medio de María; otras, que siendo tibias, implorándola se reaniman y alientan buscando la perfeccion, y algunas, que siendo justas, solicitan de ella, como de canal de los divinos favores, mayores gracias y virtudes sedientas de santidad. Todos acuden diligentes á María, porque están persuadidos de que con su miseri-

cordiosa visita trajo á la América la vida de la gracia. *Ego veni, etc.* ¿Y quien no infiere de esto, siendo para nosotros el supremo de todos los consuelos, que si nuestra amorosa Madre de Guadalupe ha trabajado sin cesar, y procura con celo fervoroso que logremos por medio suyo la vida de la gracia, es porque desea con las más vivas ansias entremos algun dia en posesion de la vida eterna, donde quiere verse rodeada de nosotros, sus predilectos hijos? Mas ¿cómo no habia de ser así, si á esta gran Señora, que vino del Empireo á visitarnos, se han entregado las llaves del reino de los cielos y ha sido llena de gracia, para que fuera el camino de nuestra salud y la subida á la gloriosa patria? María es la nobilísima resplendente carroza, en la cual sus hijos, sus devotos y adictos son conducidos al cielo. Es la Señora de la gloria, pues allí manda como quiere y hace entrar á quien quiere. Es la Madre del Señor de los cielos, y con razon posee de tal modo el reino de su Hijo, que quien la sirve y por quien ella ruega, está tan seguro de entrar al cielo, como si ya estuviera en él. Digamos, por tanto, que María Santísima de Guadalupe es el principio, el medio y el fin de nuestra futura felicidad: es el principio, porque trayéndonos del cielo el inestimable don de la fe, nos ha hecho entrar en la arca sagrada de la verdadera Iglesia, fuera de la cual no hay salvacion: es el medio, porque nos alcanza innumerables gracias y auxilios, que pidiendo nuestra cooperacion nos facilitan y aseguran nuestra eterna salud; y es el fin, porque dirigiendo á María, en su portentosa Imágen de Guadalupe (y á la cual con toda propiedad podemos llamar hermosa y apacible estrella del norte), nuestras miradas reverentes, somos guiados, si no la perdemos de vista, á la gloria eterna. ¡Quién pudiera ahora abrir las puertas del cielo para que vierais desde aquí á María, rodeada de millones de mexicanos, sentados unos, en otro tiempo en las tinieblas de la idolatría; otros, sumergidos en el cieno de la iniquidad, y algunos, que fueron con general asombro ejemplos brillantes de recogimiento,

de abnegacion y austeridad: pues todos bendicen hoy á Dios y le bendecirán eternamente, y todos tambien me servirán de testigos de que la amabilísima Guadalupeana fué el instrumento de conversion, de su penitencia, de su fervor, de su inocencia, de su perseverancia y de la suerte dichosa que actualmente gozan en su compañía. Convengamos, por tanto, y haciendo un brevisimo epilogo, publiquemos, penetrados de un gozo santo, que la dignísima Madre de Dios, que tambien lo es nuestra, en su bellísima y encantadora Imágen de Guadalupe, ha venido á darnos vida, y toda especie de vida; vida corporal, defendiéndonos de todos los peligros que amenazan nuestra existencia; vida de la gracia, matriculándonos en la milicia cristiana, y vida eterna, cual corresponde á los que siendo hijos de Dios tambien son sus herederos. *Ego veni, etc.* ¡Quién tuviera ahora la sonora cítara de David y su religioso espíritu, para convocar con alegres voces á las criaturas todas, para una solemne accion de gracias á esta purísima Virgen de Guadalupe de México! ¡Mas ay! que si la confesion de la deuda y la memoria del beneficio recibido no sirven sino para hacer más detestable el desagrado, ¿cómo mirará esta Virgen, la más pura que adora el cielo, reinando en la América que vino á santificar la falsa filosofía y el libertinaje? ¿La soberbia de los que aborrecen al Señor, que como se lamentaba el real profeta, siempre sube y siempre crece? ¿El lujo, la vanidad, la desenvoltura é inmodestia de los vestidos, la libertad escandalosa y disolucion abominable en las casas, paseos y teatros? ¿El desprecio de los Cristos de Dios, la profanacion de los templos y los dias santos, la vida libre, dispada y ociosa, la usura, el juego, la impureza, la embriaguez, en una palabra, el pecado? Todos estos vicios públicos y todas las secretas flaquezas de que cada uno de nosotros es buen testigo, contra sí mismo, son aborrecibles á Maria, y merecian que el Todopoderoso, que con un mirar airado hace temblar la tierra, nos hiciera sentir en la epidemia de que nos vemos libres, los golpes

de su eterna indignacion. ¿Quién apartó de nosotros, sino esta Madre tierna, tan formidable, pero bien merecido castigo? Esas manos bienhechoras que por sí distribuyen las riquezas de la divina bondad, y que siempre puestas en ademán de quien suplica nos convidan sin cesar con las divinas misericordias, fueron, no hay que dudarlo, las que desarmaron el brazo del Señor, que tal vez ya iba á descargar el último golpe sobre nuestras cabezas. Bendigamos y alabemos á Maria por tan inexplicables finezas, y escuchemos con respeto y atencion sus palabras: Si deseais, nos dice, agradecer mis favores, aplicaos al conocimiento de Dios, á su amor y servicio; aborreced el pecado, apreciad la gracia, haced dignos frutos de penitencia y obras de virtud y santidad, y yo os prometo que tendreis vida, y todo género de vida; vida en el tiempo, porque yo os cuido y contais con mi proteccion, y vida en la eternidad porque os abriré las puertas de la gloria. *Ego veni, etc.* ¡Sí, Reina soberana, poderosa y amable! ¡Inmaculada Virgen y compasiva Madre! Ya hemos oido con respetuosa docilidad tus santos avisos, protestando solemnemente el ponerlos por obra; y mientras aceptas con tu acostumbrada benignidad los gratos obsequios y humildes votos que hoy te consagran, á nombre del pueblo mexicano, los alumnos de Camilo y Felipe, tus fieles siervos, permíteme te ruegue que la horrorosa peste que nos affigió, y que ya ha desaparecido, sea un aviso saludable que nos despierte, para que trabajemos en nuestra enmienda, y no un desamparo de tu misericordia: que no haya causado en nosotros un miedo estéril que nada produce, sino un temor propio de hijos tuyos, que desde hoy nos haga emprender la reforma de nuestra vida. Te pedimos tambien ¡oh dulcísima Madre y protectora amantísima! reine en toda nuestra República el orden, la prosperidad, la paz, la gracia y la caridad, para que repitamos agradecidos: Mirad, naciones: mirad, pueblos, cómo se ha portado Maria con sus americanos: á ninguna otra nacion ha hecho favores semejantes. *Non fecit taliter, etc.*

Sí, ¡gran Señora! nos has buscado como Madre, con tu amorosa visita veniste á darnos vida, y vida con abundancia: has sido para nosotros un perenne manantial de consuelos, gracias y auxilios. ¿Qué te resta? sino que completando con nosotros la obra que comenzó tu elección, nos bendigas mientras vivimos en la tierra, entre tanto llega el día feliz en que continuemos en el cielo las alabanzas que te son debidas, y que allí han de cantarse eternamente.—ASI SEA.

SERMON

QUE EN LA FESTIVIDAD DE

NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE

PREDICO EL 12 DE DICIEMBRE DE 1839
EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE GUADALAJARA

FR. MANUEL DE SAN JUAN CRISOSTOMO

(EN EL SIGLO D. MANUEL NAJERA)

Et radicavi in populo honorificato.

Me arraigué en el pueblo que Dios
ha honrado con su protección.

Cap. XXIV, v. 16 del Eclesiástico.

¡Maria de Guadalupe!..... ¿Quién de nosotros al oír ese nombre dulce, ese nombre que paladeó nuestros labios en los días hermosos de nuestra inocencia, cuando toda la naturaleza se sonreía en nuestro derredor, quién de nosotros, digo, no siente palpar su corazón, conmovido al cúmulo de ideas que nos asaltan, de religión, de piedad filial y de ternura? ¿Quién de vosotros no se ha trasportado en espíritu conmigo á la montaña de Tepeyac? ¿Qué vemos allí? ¿Qué escuchamos? ¡Salud, montaña sagrada, salud del cielo para tí! puesto que tú eres el trono elegido por la doncella, bajo cuyas plantas nueva vida y nuevo esmalte hermosearon los lirios y las rosas que ta-